

los cuarenta y cinco; sus últimas grandes batallas fueron Zorndoff cuando tenía cuarenta y seis, y Torgau á los cuarenta y ocho; después de lo cual su carrera militar fué relativamente nula. El resultado de sus campañas fué el engrandecimiento de su reino y el establecimiento de Prusia como potencia de primera clase en Europa.

Casi todos los generales de la revolución francesa fueron jóvenes. Napoleón tenía sólo veinticuatro años cuando mandaba la artillería en el sitio de Tolón, cuya toma fué principalmente debida á la habilidad con que dirigió las operaciones. A los veintiseis años dió y ganó la batalla de las Secciones, en las calles de París. En el año siguiente mandó con gran fortuna el ejército francés en su primera campaña de Italia, apoderándose de Milán y ganando la batalla de Lodi, que hizo á los franceses dueños de Lombardía. Entonces corrió hacia el Sud de Italia, y volvió al Norte para oponerse al encuentro del viejo Wurmser, que se adelantaba desde el Tirol con un gran ejército. Pero el joven y activo general francés probó que era muy superior á su veterano contrincante, y le aventajó y derrotó repetidas veces. Como en el caso de Enrique de Navarra y del duque de Mayenne, Napoleón llevaba siempre cinco horas de adelanto á su viejo rival, y más tarde declaró que había vencido á los austriacos porque no conocían el valor del tiempo. Los viejos generales se vanagloriaban de su gran experiencia profesional; pero esta experiencia se hallaba como osificada en medio de máximas pedantes, y mientras ellos razonaban acerca del método más propio para dirigir la guerra, su brillante y enérgico contrincante los derrotaba de repente. Sólo podían deducir, en medio de sus argu-

mentos, que no habían sido batidos conforme á las reglas.

Después de su corta campaña en Egipto, Bonaparte volvió á Francia, fué nombrado primer cónsul y cruzó de nuevo los Alpes para luchar con los austriacos que invadían la Italia. A los treinta años ganó la batalla de Marengo; y el «hijo de la victoria» fué tras una y otra victoria reconquistando la Italia é invadiendo á Austria, Prusia y las provincias del viejo imperio germánico. Al fin vióse obligado á detenerse por las nieves de Rusia. Mientras duró su juventud fué grande, pero cuando la edad fué avanzando fueron disipándose su actividad y energía. Después de una larga carrera militar de cerca de veintitrés años, Napoleón fué al fin completamente derrotado en los campos de Waterloo á los cuarenta y seis años. Los escritores franceses alegan que por esta época había tenido en contra suya la edad y la gordura, y que si no hubiera estado en la cama cuando tenía que mostrarse activo y diligente en la mañana del 17 de julio de 1815, inmediatamente después de la batalla de Ligny, hubiera derrotado á Wellington, no auxiliado por Blücher, y hubiera ganado la campaña de Bélgica. Por otra parte, fué batido, no por generales más jóvenes, sino por generales que habían madrugado más que él.

Los mejores generales de Napoleón fueron en su mayor parte jóvenes. En verdad, las guerras de la revolución francesa fueron una serie de derrotas de los generales viejos por los jóvenes. El brillante Hoche fué hecho general en jefe del ejército del Mosela á la edad de veinticuatro años. Humbert era general de brigada á los veintiséis, Kleber y Lefèvre eran ambos generales á los veintinueve. Lannes era general de bri-



gada á los veintiocho, y Víctor jefe de batallón á los veinticinco. Soult mandaba una brigada á los veintinueve. Saint-Cyr era general de división á los treinta. Murat mandaba la caballería de Napoleón á los veintinueve. Ney, « el infatigable », era ayudante general á los veinticinco y general de brigada á los veintisiete. En verdad, uno de nuestros escritores militares insistía recientemente en que ningún general que no fuese joven y activo mandase en campaña, y en que no se confiase el mando de un gran ejército en los tiempos actuales á un hombre que tuviese más de cincuenta años. La historia moderna de Inglaterra suministra varios ejemplos de generales jóvenes. Al principio de muchas de nuestras guerras, nos han representado por mar y por tierra generales sin dientes y almirantes paralíticos; en cambio hemos sido batidos empleando hombres en plena posesión de sus facultades físicas y mentales. Los dos generales más jóvenes en los tiempos modernos fueron el general Wolf y sir Juan Moore. Wolf obtuvo el grado de mayor de regimiento á los veintidós años, y fué encargado del mando de la expedición de Quebec á los treinta y uno. Sin embargo, Pitt, que lo había escogido para este puesto, no dejaba de experimentar una gran desconfianza acerca de su habilidad<sup>1</sup>. Por otra parte, Wolf concluyó su carrera

1. El conde Stanhope refiere una curiosa anécdota acerca del general Wolf, que, según él observa, « da una prueba evidente de lo mucho que se puede oscurecer y aminorar la alteza de ánimo, con la falta de maneras... Después del nombramiento de Wolf, y en el día que precedió á su embarque para América, Pitt, deseoso de darle verbalmente sus últimas instrucciones, le invitó á comer, siendo lord Temple el único invitado. A medida que avanzaba la noche, Wolf, exaltado por sus ambiciosos pensamientos y no acostumbrado á la compañía de los hombres de Estado, prorrumpió en un tono de gasconada y de fanfarronería. Desenvainó su espada, dió con ella en la mesa,

con gloria, por la brillante toma de Quebec, á la temprana edad de treinta y tres años. Los progresos de sir Jorge Moore en su carrera fueron más lentos que los de Wolf, aunque como él se distinguió por el celo con que se consagró al estudio de su profesión y el concienzudo trabajo mediante el cual trató de dominar sus varios detalles. Obtuvo el grado de general de brigada á los treinta y tres años, dirigió el desembarco en Abukir á los cuarenta y uno, y mandó la heroica pero desastrosa retirada de la Coruña á los cuarenta y siete. Los oficiales franceses demostraron su admiración por este hecho, erigiendo un monumento sobre su tumba.

Ha sido principalmente en la India donde nuestros jóvenes soldados han tenido mayores oportunidades para distinguirse. Roberto Clive, escolar desaplicado é incorregible, fué enviado á la India como empleado en el servicio civil á la edad de diecinueve años. No se distinguió como empleado, y después de haberse atormentado y desesperado en Madras durante dos años, dejó el servicio civil por el militar que fué para él mucho más ventajoso. Obtuvo el grado de alférez y entró

---

la blandió alrededor de la habitación, y habló de las grandes hazañas que aquella espada había de llevar á cabo. Los dos ministros estaban asustados ante aquella exhibición tan extraña de un hombre de verdadero sentido y talento; y cuando al fin Wolf se despidió de ellos y oyeron el ruido de su carruaje fuera, Pitt pareció por el momento vacilar mucho en la alta opinión que tenía formada acerca de Wolf. Alzó al cielo sus ojos y sus brazos, y exclamó dirigiéndose á lord Temple: ¡ Gran Dios! ¡ en qué manos he puesto el destino de la nación y del gobierno! Lord Stanhope hace notar, en verdad, que la conducta extraordinaria de Wolf en aquella ocasión confirma la propia declaración de Wolf, que no se mostraba bajo aspecto ventajoso en las circunstancias comunes de la vida, y demuestra que en ocasiones la timidez puede lanzarse, como á un verdadero refugio, al extremo opuesto. »



en la carrera militar á los veintiún años, distinguiéndose en el sitio de Pondichery. El valor y la habilidad que desplegó llamaron la admiración de sus jefes y fué propuesto para el ascenso. Cuando surgió la guerra en el Carnatic, Clive propuso un plan de operaciones que fué adoptado y él mismo quedó encargado de su ejecución. A los veinticinco años entró en campaña con un ejército relativamente insignificante, compuesto únicamente de unos quinientos ingleses y cipayos, pero mandados por un genio joven é intrépido. Se apoderó de Arcot, batió á los franceses mandados por un general veterano, y después de una serie de batallas y victorias, puso feliz término á la guerra. Volvió á Inglaterra á los treinta años, trató de entrar en el Parlamento, pero fracasó en su intento y volvió á la India á fin de continuar su carrera militar. Su primer servicio fué conquistar la fortaleza de Gheriah, nido de piratas; después recobró á Calcuta, donde Sujah-ud-Dowlah había encerrado á sus prisioneros en el « Agujero Negro », y su última proeza fué la toma de Chandernagor y la supresión del poder de los bárbaros nababs <sup>1</sup>. Con un ejército de tres mil hombres, de los que únicamente mil eran ingleses, dió y ganó la memorable batalla de Plassy contra un ejército de cuarenta mil infantes y quince mil caballos. Tenía sólo treinta y dos años cuando llevó á cabo esta última hazaña, digno coronamiento de su vida y que echó virtualmente los cimientos del poderío británico en la India.

Wellington conquistó sus primeros laureles en el mismo campo. Este gran general no fué en modo al-

<sup>1</sup>. Doña Emilia Pardo Bazán usa el plural españolizado *nababos*. — (N. del T.)

guno un niño precoz, pues su madre le miraba como un desaplicado, y le trataba con marcado desdén <sup>1</sup>. Hizo escasos progresos en Eton, donde era considerado como soñador, perezoso y tímido. Sin embargo, tuvo que abrirse camino luchando. Uno de sus primeros combates fué con « Bobus », hermano de Sidney Smith, al cual dió una paliza. Pero no siempre consiguió el mismo éxito. Mister Gleig dice que fué vencido en toda regla por un joven herrero, aunque ambos fueron severamente castigados no mucho después. El herrero llegó á edad muy avanzada, y estaba altamente orgulloso de haber vencido al hombre ante quien habían bajado la cabeza Napoleón y sus mejores generales. Wellington no tenía ninguna habilidad especial; sin embargo, era aficionado á tocar el violín. No mostró grandes deseos de entrar en el ejército, sino más bien parecía inclinado á la vida civil. Obtuvo un nombramiento en el 41 de infantería, y entró en el ejército como alférez á los diez y ocho años. Diez años más tarde lo encontramos en la India como coronel del 33 de infantería. Su regularidad, laboriosidad, aplicación y cualidades de administrador, llamaron la admiración general por aquel tiempo. Habiéndose declarado la guerra de Maharatta, tuvo al fin ocasión oportuna de manifestar su capacidad militar. A los treinta y cuatro años dió y ganó la batalla de Assaye, con 8.000 hombres, de los que sólo 1.500 eran europeos, contra el ejército maharatta, compuesto de 50.000 hombres. Esta hazaña fué mucho más importante que la llevada á cabo por Clive en Plassy. Según el mismo Wellington, « había sido

<sup>1</sup>. *Vida de Wellington*, por Gleig. (ed. 1864), pág. 3.



el más terrible hecho de armas que había tenido lugar en la India». A los cuarenta años fué nombrado Wéllington jefe del ejército de Portugal, y durante cuatro años dirigió esta gran campaña. A los cuarenta y seis venció en Waterloo; la parte principal de su carrera militar, por lo que se refiere á su capacidad para el mando, se halla comprendida en un periodo de unos doce años solamente.

De los demás jefes ingleses jóvenes en la India, los más notables fueron Nicholson, Hadson y Edwardes. El último dió pruebas de la actividad y del valor de Clive, así como también de una pureza y nobleza de carácter á que el otro tenía muy escasos derechos. Edwardes servía como teniente en la frontera de Sikh, á la edad de veintinueve años, cuando ocurrió la rebelión en Multán. Merced á la rápida concentración de las tropas que tenía á su disposición, Edwardes encontró y derrotó al Mulrajah con tremendas ventajas en dos batallas campales, y le obligó á refugiarse en su ciudadela, á la que puso sitio, asaltó y tomó con gran rapidez y valor.

Aunque, como veremos después, varios generales de fama florecieron al final de su vida, porque sólo entonces se les había presentado oportunidad para distinguirse, los generales jóvenes han mostrado ordinariamente en mayor grado esas cualidades de prontitud, decisión, acción vigorosa y esfuerzo — ese completo é instantáneo dominio de los recursos físicos é intelectuales — que son naturales en un joven, y tan esenciales para el éxito de la guerra. La vista del joven tiene más agudeza para descubrir los puntos flacos del enemigo, y su brazo es mucho más pronto para herir. Un general viejo es más apto para esperar el

ataque, confiando en la rutina y las reglas; su experiencia, osificándose en medio de la pedantería, que desdeña un hombre más joven, prevee que puede ganar batallas. Wurmser peleó conforme á las reglas, y fué vencido; Napoleón atropelló todas las reglas, y triunfó. Un general joven se forma él mismo sus reglas conforme á las circunstancias, que llega á dominar merced al vivo instinto de la inteligencia y el genio. Napoleón mismo se vió á veces derrotado, á despecho de sus propias reglas — la constantemente repetida abrumadora fuerza de los batallones — alegando que los ingleses debieron haber sido vencidos en Waterloo, pero que no se dieron cuenta del momento en que habían estado derrotados.

Puede suceder que un hombre no tenga oportunidad para distinguirse en la vida sino muy tarde; pero eso no impide que posea, en estado latente, las cualidades de que ha de servirse para ello cuando la ocasión se presente. Lo que el hombre es capaz de hacer en edad madura es, en su mayor parte, el resultado de su preparación durante la juventud. Sin embargo, muchos de los más grandes genios no han llegado á los cuarenta años: en realidad, Goethe ha expuesto la opinión de que rara vez ó nunca adoptan los hombres una vida nueva y original después de haber llegado á dicha edad. Rafael, Mozart, Schubert, Rossini, Tasso, Keats, Shelley, Byron y otros han realizado sus inmortales creaciones mucho antes de los cuarenta años. Shakespeare escribió el *Hamlet* hacia los treinta y seis años, y es dudoso que después haya hecho nada superior á esta obra. Muchos grandes hombres, aun cuando llegaron á edad avanzada, no hicieron en ella más que ejecutar las concepciones de la juventud. El



descubrimiento de Colón tuvo su origen en las preocupaciones y estudios de la juventud<sup>1</sup>. Newton descubrió la ley de la gravitación á los veintinueve años, y no produjo una nueva obra hasta los cuarenta y cuatro. Watt realizó su descubrimiento de la caldera de vapor á los treinta y dos, y consagró su edad madura á perfeccionar su invento.

La juventud es la primavera de la inspiración, de la invención, de los descubrimientos, del trabajo y de la energía, y la edad viene á ordenarlo y armonizarlo todo. Todas las ideas nuevas son jóvenes, y nacidas en su mayor parte en la juventud, cuando el alma está todavía despierta y llena de vida, pronta á descubrir nuevas verdades; y aunque pueden llevarse á cabo grandes cosas después de los cuarenta años, hacerse nuevos descubrimientos, escribirse nuevos libros, elaborarse nuevos planes, es dudoso, sin embargo, que el espíritu extienda y agrande sus dominios después de esa edad. Es, en verdad, muy cierto lo que dice Montaigne, que: « Nuestras almas son adultas á los veinte años. El alma que á esa edad no ha dado pruebas evidentes de su poder y energía, no las dará después ». Y agrega: « En todas las grandes acciones de la humanidad, que he oído ó leído, cualesquiera que sean, he observado, lo mismo en los tiempos antiguos que en los nuestros, que muchas más se han realizado antes de los treinta años que después; nuestras almas son á los veinte años lo que han de ser des-

---

1. Las modernas investigaciones parecen demostrar que Colón no pensó en viajes de descubrimientos hasta que llegó á la Rabida, huyendo de Portugal, donde se había metido en una conspiración.— (N. del T.)

pués, y ya hacen esperar lo que han de poder hacer: alma que á semejante edad no ha dado pruebas evidentes de su energía, no las ha dado después ». Y más adelante dice: « De todas las hermosas acciones humanas de que tengo conocimiento, de cualquiera suerte que sean, creo que la mayor parte se han realizado, lo mismo en los siglos antiguos que en el nuestro, antes de los treinta años; y esto se verifica con frecuencia hasta en la vida de un mismo hombre... La mejor mitad de su vida la han pasado ciertos grandes hombres disfrutando la gloria adquirida en su juventud; y fueron grandes en lo sucesivo, no con respecto á sí mismos, sino comparados con los demás hombres. En cuanto á mí, estoy seguro de que, á partir de esa edad, mi espíritu y mi cuerpo han disminuído, más bien que adelantado. Es posible que en los que emplean bien el tiempo aumenten la ciencia y la experiencia con la edad; pero la vivacidad, la prontitud y otras cualidades nuestras más importantes y esenciales se marchitan y languidecen »<sup>1</sup>.

---

1. *Ensayos de Montaigne*, lib. I, cap. LVII.